

Universidad de Valladolid

**Facultad de Ciencias Económicas y
Empresariales**

Trabajo de Fin de Grado

**Grado en: Administración y Dirección de
Empresas**

Título del Trabajo Fin de Grado:

**“LA INDUSTRIA TEXTIL DE
PRADOLUENGO EN PERSPECTIVA
HISTÓRICA”**

Presentado por:

MARINA ZAN MANRIQUE

Tutelado por:

RICARDO HERNÁNDEZ GARCÍA

Valladolid, 12 de mayo de 2023

INDICE

1. Introducción: la industria textil lanera y la Villa de Pradoluengo.

2. Contexto geográfico e histórico: descripción y ubicación espacio-temporal de Pradoluengo y su época como una de las principales industrias textiles.
 - 2.1 El río, la lana y los batanes.
 - 2.2 La sociedad pradoluenguina y su polarización.

3. Evolución de la industria textil lanera de Pradoluengo desde el siglo XVI a la actualidad.
 - 3.1 Etapa preindustrial. Primeros fabricantes pañeros (1534-1827).
 - 3.1.1 Primeros fabricantes pañeros (1534-1700)
 - 3.1.2 Cardadores y tejedores. La bayeta (1700-1827)
 - 3.2 La mecanización y el patrimonio industrial de las nuevas hilaturas (1828-1858)
 - 3.3 Mecanización imperfecta y factores retardatarios (1840- finales del siglo XIX)
 - 3.4 Principios del siglo XX hasta la actualidad.

4. Estructura económica y patrimonial.
 - 4.1 Comercialización de la producción textil pradoluenguina.
 - 4.2 Diferentes tipos de inmuebles y sus principales compañías.

5. Conclusiones

6. Bibliografía

RESUMEN.

La industria textil de Pradoluengo ha sido una parte fundamental del desarrollo, tanto de este pequeño municipio burgalés, como del resto de la península desde el siglo XVI hasta hoy en día. El hecho de no presentar un escenario favorable para la agricultura o la ganadería provocó que los habitantes de la Villa tuvieran que dedicarse a otro tipo de tareas como es la textil, forjando durante quinientos años un fenómeno de estudio que, hoy en día, la herencia derivada de esa actividad podemos considerarla patrimonio.

El objetivo de este trabajo es analizar las distintas etapas que atravesó esta industria, sus factores de éxito, así como aquellos que impidieron que se modernizara al nivel de otras industrias textiles como la catalana. Además, detallaremos las compañías que surgieron de tal industria y el patrimonio mueble e inmueble que se conserva animando a la conservación y puesta en valor del municipio y su actividad predominante.

Pradoluengo, lana, industria textil, patrimonio industrial. N01, R11, O15.

SUMMARY.

The textile industry in Pradoluengo has been a fundamental part of the development of both this small municipality in Burgos and the rest of the peninsula from the 16th century to the present day. The fact that there was no favourable scenario for agriculture or livestock farming meant that the inhabitants of the town had to devote themselves to other types of work, such as textiles, forging a study phenomenon over five hundred years which, today, we can consider the heritage derived from this activity to be heritage.

The aim of this work is to analyse the different stages that this industry went through, its success factors, as well as those that prevented it from modernising to the level of other textile industries such as the Catalan one. In addition, we will detail the companies that emerged from this industry and the movable and immovable heritage that is preserved, encouraging the conservation and enhancement of the municipality and its predominant activity.

Pradoluengo, wool, textile industry, industrial heritage. N01, R11, O15.

1. INTRODUCCIÓN: LA INDUSTRIA TEXTIL LANERA Y LA VILLA DE PRADOLUENGO.

Podríamos definir patrimonio como aquel conjunto de bienes pertenecientes a un territorio o nación que por su significado artístico, histórico, arqueológico o sentimental son objeto de protección especial por la legislación; y es precisamente la industria textil de Pradoluengo una parte del patrimonio histórico y cultural, no solo de la provincia de Burgos sino de España.

Como es sabido, Pradoluengo se ha caracterizado durante más de cinco siglos por la dedicación de sus habitantes, prácticamente en su totalidad, a la industria textil, siendo una de las principales productoras y comercializadoras de bayetas, paños, boinas, calcetines e incluso medias.

La energía hidráulica como principal motor de la industria, la lana proveniente de la raza ovina merina, o los batanes, fueron los tres principales rasgos representativos de la villa pradoluenguina que, aparentemente, no reunía los atributos suficientes o una coyuntura favorable para el fructífero desarrollo de la industria textil. Precisamente, por estas particularidades paisajísticas, patrimoniales o etnológicas, y por salirse de los cánones clásicos del proceso industrializador, podemos calificar a la villa como patrimonio.

Debido a toda la relevancia que aquello conllevó, existe una larga lista de bienes muebles, bienes inmuebles con sus derivados materiales y formas de trabajarlos, procesos históricos y antropológicos que le han llevado a alcanzar esa denominación.

Actualmente, las fábricas, batanes, hilaturas, tintes, talleres, obradores o lavaderos, con todos los elementos que las formaban internamente, están en desuso y se han convertido, prácticamente, en una representación o cápsula del tiempo de lo que fue Pradoluengo en el pasado. No obstante, existe un serio riesgo de que todo lo relacionado con la industria textil y lo que fue el motor económico y social de este pequeño pueblo de la Sierra de la Demanda, desaparezca algún día no muy lejano si no se pone especial

hincapié en darle la importancia o el reconocimiento a la trascendencia que tuvo.

Por tanto, en este trabajo analizaré, en primer lugar, el contexto geográfico e histórico de este municipio burgalés y los principales elementos distintivos de su industria. En segundo lugar, la evolución de la villa Pradoluengina hacia una de las principales industrias textiles de nuestro país, pese a no albergar una coyuntura aparentemente positiva para el desarrollo de esta actividad, así como su contexto espacio temporal y la sociedad de la época. Por último, la producción lanera derivada de los procesos originarios de la villa, su forma de comercializarla y distribuirla, así como los principales muebles e inmuebles y las compañías que los recogían.

Con ello aspiramos a poner de relieve lo que la industria textil de Pradoluengo supuso para la España de entonces, a desarrollar cómo los factores que un día le llevaron a alcanzar una fuerte posición en la industria fueron los que, siglos más tarde, supondrían el declive de ésta misma, y a alentar a los descendientes de estos humildes trabajadores a que reinicien los procesos que ayuden a ensalzar, conservar, difundir y aprovechar la riqueza y la consideración que la industria textil de Pradoluengo tuvo.

2. CONTEXTO GEOGRÁFICO E HISTÓRICO: DESCRIPCIÓN Y UBICACIÓN ESPACIO-TEMPORAL DE PRADOLUENGO Y SU ÉPOCA COMO UNA DE LAS PRINCIPALES INDUSTRIAS TEXTILES.

Pradoluengo es un pequeño municipio de la provincia de Burgos que se sitúa al este de ésta formando parte de la comarca de los Montes de Oca, a escasa distancia de la que hoy conocemos como la provincia de La Rioja. La localidad está situada a unos 960 metros de altitud en el estrecho valle de la sierra de la Demanda; es justamente su altitud, las condiciones meteorológicas tan adversas en invierno y su proximidad al pico San Millán, con sus 2.131 metros, que lo sitúa en un entorno rocoso y con relieve, poco

benigno para la agricultura, lo que nos hace preguntarnos cómo es posible que en un pueblo de estas características surgiera una industria pañera de tal envergadura. Son precisamente estos elementos la clave del éxito de la industria textil lanera de Pradoluengo, es decir, el hecho de contar con una agricultura de producción muy reducida desencadenó en la búsqueda de otras actividades de las que obtener un beneficio; además, los pradoluenginos supieron sacar provecho a su entorno tan particular y reconvertirlo en su clave del éxito, aunque tiempo después, en cierta medida supusiera su decadencia y estancamiento.

Mapa 1

Localización geográfica de Pradoluengo



Fuente: Martín García (2021: 16).

Como es de suponer, la relación del pueblo y la industria textil es completamente determinante para la evolución de la población. “Mientras que, en otras zonas con industria textil rural, también son fundamentales otras actividades económicas como la agricultura o la ganadería, se puede afirmar que en Pradoluengo, a pesar de ser un núcleo poblacional pequeño -a finales del siglo XVI tan sólo contaba con unos 300 habitantes- y, por lo tanto, “rural”, la industria concita la ocupación prácticamente unívoca sobre la que girará su desarrollo” (Martín García, 2021: 26). Es por ello que pasó de contar en 1752, 1.031 habitantes, a 1.571 en 1820, coincidiendo con el desarrollo de la industria pañera (Martín García, 2021). Si avanzamos hasta el siglo XVIII nos topamos con otro dato más que nos hace reflexionar sobre el hecho de que Pradoluengo e industria textil iban de la mano: el porcentaje de familias dedicadas a ello a mediados del siglo XVIII: “[...] el 85 por ciento de los cabezas de familia, entran en la definición de fabricante, es decir, aquella persona que es propietario de la materia prima, financia el proceso productivo de la manufactura textil -intervenga o no directamente con sus manos en dicho proceso- y, por tanto, es el propietario del producto final realizado. Si a ellos sumáramos los artesanos textiles que no eran fabricantes, la cifra alcanzaría un espectacular 90 por ciento” (Martín García, 2021: 29). Por lo tanto, se podría decir que el transcurso de esta pequeña localidad gira entorno a su producción textil, como consecuencia, los años más fructíferos laboralmente, coinciden con los años de mayor crecimiento poblacional.

2.1 El río, la lana y los batanes.

Tres elementos fueron fundamentales para el desarrollo de la industria lanar de la Villa de Pradoluengo:

En primer lugar: el río. El municipio se encuentra ubicado en la cuenca del río Tirón y es que, a uno de sus afluentes, el río de Pradoluengo, se le conoce como el río Oropesa por aquello de que “sus aguas valían oro”, éste fue imprescindible para la obtención de la energía hidráulica que caracterizó los

procesos de producción de la industria textil de la villa, llegando a señalarlo como “el motor” de ésta.

Su corriente no se reconoce por ser muy caudalosa pero sí constante a lo largo de los años, de ahí que fuera de vital importancia para el funcionamiento de lavaderos, batanes, tintes e hilaturas.

Una consecuencia de la energía hidráulica como determinante imprescindible para ejercer su labor, es que los establecimientos o talleres se encuentran localizados linealmente a lo largo del recorrido del río durante aproximadamente dos kilómetros entre el casco urbano y la cabecera o la pronunciada pendiente del río. El hecho de que existiera una corriente de agua que se pudiera aprovechar al máximo rendimiento y generara la energía suficiente para el ininterrumpido funcionamiento de hilaturas, ruedas hidráulicas, lavado de lanas...etc., fue un motivo de litigio hasta bien entrada la Edad Contemporánea debido a “la sobresaturación de un curso tan pequeño como era el río de Pradoluengo, con la profusión de numerosos establecimientos” (Martín García, 2007: 45). En el siglo XIX estos pleitos se hacen más notorios a causa de la retrasada y escasa llegada de la electricidad a la villa de Pradoluengo, con la que se alcanzará la máxima cota productiva de la industria textil.

Resulta reseñable destacar que, gracias a la fuerza de los ríos de valles adyacentes a la villa, se pudieron impulsar y poner en marcha las centrales que surtían de energía eléctrica a Pradoluengo durante la primera mitad del siglo XX.

En los últimos tiempos, a través de iniciativas como la creación de la “Ruta de los Batanes”, “se ha tomado cierta conciencia en exaltar este recurso natural y patrimonial mediante su desbroce y señalización, en la que se destacan no sólo sus valores como espacio de riqueza vegetal y faunística, sino su importancia como propiciador de la energía hidráulica necesaria para otorgar mediante un elevado número de cauces y saltos de agua, el movimiento a los ingenios, ruedas, pilas, gorriones y demás infraestructuras de decenas de establecimientos localizados a la vera de la corriente fluvial” (Martín García, 2016: 6). Pese a la buena fe de esta idea, hay quienes

protestan por la poca consideración que se ha tenido con las infraestructuras persistentes (Martín García, 2016).

Mapa 2

Mapa hidrográfico de la Sierra de la Demanda



Fuente: *Sendas de Burgos*, 2013.

En segundo lugar, otro elemento representativo de los inicios de la industria textil fue la accesibilidad a materias primas como es la lana merina. Expongo en los inicios porque durante la época moderna y contemporánea, la industria textil se basó en el aprovechamiento de lanas churras, abundantes en la zona del río Tirón. La diferencia entre ambas radica en que, mientras la lana churra es corta y más áspera, la de la merina es considerada la más fina de todas, con su aspecto largo, suave y denso. Tal riqueza aportaba esta lana a Castilla, que el reino apoyó la cría de ovejas Merinas, estableciéndose el Real Consejo de La Mesta (Martín., Valdeón y García Sanz, 1985). El cambio de materia prima fue debido principalmente a la actividad de trashumancia y unas condiciones orográficas que no fueron del todo favorables para las merinas. Es tal la consideración que tienen las lanas churras en los negocios textiles

de la villa y zonas de alrededor que, en 1752, obtuvieron de forma estatal el derecho de gestión y administración de esta lana surgiendo, por parte de la ganadería trashumante hacia Pradoluengo, dos vinculaciones clave: el arrendamiento por parte de los concejos de “puertos” o terrenos donde el ganado pastaba durante los meses de verano; y la utilización residual de los trozos menos demandados de lana que eran lavados y, más adelante, aprovechados en sitios como el lavadero de San Antonio de Pradoluengo (Martín García, 2021: 22).

Por último, otro aspecto destacado y sin el que la industria no tendría sentido, es la existencia de sobresaliente y abundante mineral: la tierra de batán o tierra de greda. El batán, además de ser una máquina empleada para transformar los tejidos abiertos en otros más tupidos, es un mineral perteneciente al grupo de las arcillas que se dedicaba para desengrasar las lanas por el alto poder de absorción que le caracteriza mejorando su consistencia. “La lana es un filamento recubierto de una materia grasa llamada, según las zonas, churre, suarda o mugre; se trata de un conjunto de impurezas segregadas por la piel de la oveja, soluble en agua o, aún mejor, en disoluciones de jabón o en tierra greda o de batán” (Martín García, 2007: 52). El Concejo, consciente de la relevancia de este mineral en el proceso de lavado de lanas y enfurtido de bayetas, es decir, en el abatanado de estos tejidos para que fueran más consistentes, protegía las vetas de éste e incluso prohibió a un vecino su explotación particular ya que los terrenos eran propiedad de la villa (Martín García, 2021: 21).

“Aparte del propio Ayuntamiento, serán los más directos interesados, es decir, los industriales bataneros, los que requieran que este producto se resguarde por parte del común” (Martín García, 2007: 54). Ambos eran conscientes del valor y la consideración que tenía este mineral para la economía local.

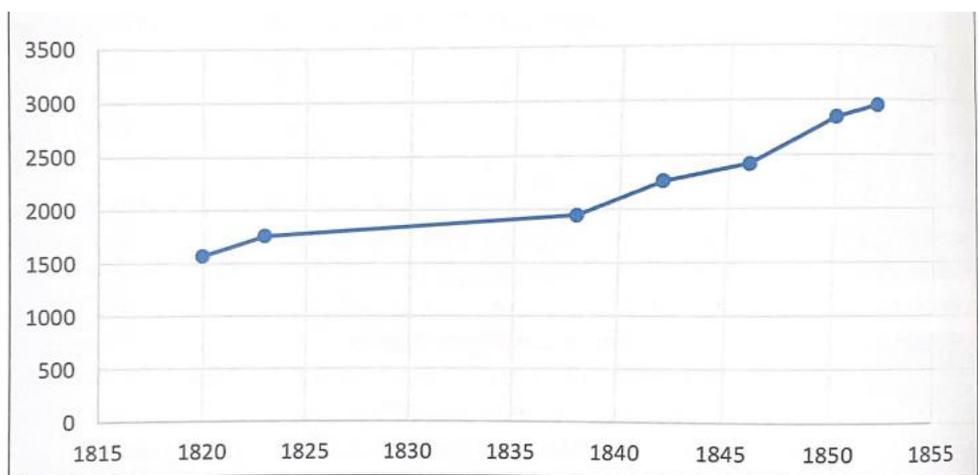
Por los elementos que he expuesto, Pradoluengo no contaba con las características idóneas para que la agricultura fuera su actividad esencial o principal fuente de ingresos, es por eso que aprovecharon en su totalidad esta serie de “inconvenientes” para convertirse en una de las villas textiles más fructíferas e importantes de la época.

2.2 La sociedad y su polarización

“La afirmación de que el hecho demográfico es signo, consecuencia y factor de los cambios de otras variables, es si cabe más acusada en el caso que nos ocupa, ya que la evolución de la población ha sido milimétricamente paralela al desarrollo de la pañería en la primera modernidad, de la bayetería hasta finales del siglo XIX y de la boina y el calcetín hasta los inicios del siglo XXI” (Martín García, 2016: 4).

Gráfico 1

Evolución de la población de Pradoluengo 1820-1852



Fuente: AMP. Sign. 505. Censos de población (1820, 1823, 1838, 1842, 1846, 1850 y 1852)

Fuente: Martín García (2021:56)

Al periodo que la gráfica recoge se le conoce como edad dorada, y es que, atendiendo a las cifras, en tan sólo treinta y dos años, Pradoluengo pasa de ser un municipio de 1.571 habitantes a 2.951. Una vez concluido este periodo, entorno al año 1860 (2.772 habitantes), y coincidiendo con la decadencia de la bayeta, el crecimiento de la población se estabiliza e incluso comienza a descender.

El crecimiento sostenido durante este periodo de tiempo es provocado por la época gloriosa y el auge de la fabricación de bayetas, que repercute positivamente en el aumento de la población generado por la emigración de

localidades cercanas y las elevadas tasas de natalidad (Martín García, 2021: 55). Como consecuencia del crecimiento económico, se dio lugar a una brecha que dividía a la sociedad en dos, no sólo en los comportamientos económicos y sociales, sino también en los mentales (Martín García, 2021: 57): obreros y fabricantes.

Se entiende por obreros a aquellos grupos de personas que trabajaban en las fábricas textiles controlados por el segundo grupo de personas, los fabricantes y dueños de éstas.

En el caso de los obreros, se caracterizaban por sus largas jornadas de trabajo y retribuciones muy ajustadas para poder sobrevivir, siéndoles de arduo trabajo conseguir una vivienda digna o alimento que llevarse a la boca, humildes vestimentas, ausencia de seguridad en sus puestos de trabajo, nula cobertura social o abundantes enfermedades. “El obrero de esta villa es sufrido, no está aún infeccionado por las doctrinas de los grandes centros fabriles, es feliz no faltándole trabajo y se resigna cuando escasea, conformándose en las épocas de crisis industrial con el poco trabajo o jornal que le dan” (Martín García, 2021: 56) y es que, como nos indica la cita, a pesar de las pésimas condiciones en las que vivían, los obreros no manifestaban acciones relevantes contra sus superiores. “Su reducida conciencia de clase y el control atemperador ejercido por los sindicatos católicos fueron elementos añadidos que moldearon un grupo social caracterizado por su inmovilismo” (Martín García, 2021: 56).

Por otro lado, los fabricantes, “[...] aquella persona que es propietaria de la materia prima, financia el proceso productivo de la manufactura textil, intervenga o no directamente en dicho proceso y, por tanto, es el propietario de la producción final realizada” (Martín García, 2007: 75). Residían en edificios pudientes, con todas las comodidades que ello supone, reunidos en hilera en una popular calle del pueblo conocida como acera de los ricos (Martín García, 2021: 57). Eran propietarios de hilaturas, batanes o lavaderos normalmente instaurados en sus propias casas, y se codeaban con familias de la misma índole de las zonas de alrededor. Las uniones familiares fueron un rasgo muy característico de este grupo social con el objetivo de que su riqueza no se viera diluida.

Una vez que el negocio textil entró en decadencia, no dudaron en apostar por otras actividades de las que obtener mayor rentabilidad como inversión en tierras, negocios financieros etc., desprendiéndose de las actividades laneras sin mucho reparo. Pese a su propósito de seguir amasando riqueza, estos comportamientos no sirvieron para el crecimiento y la concentración de empresas debido a que continuaron caracterizándose por la microparcelación, la falta de procesos de producción modernizados y la pequeña capacidad inversora, inventariándose para el periodo 1820-1860 únicamente seis testamentos que superaban los 150.000 reales (Martín García, 2021: 59).

Las considerables diferencias económicas, mentales y sociales que protagonizaban sus vidas, incitaron la creación de dos “universos” muy dispares: obreros por un lado y fabricantes y pequeña burguesía por otro.

3. EVOLUCIÓN DE LA INDUSTRIA TEXTIL LANERA DE PRADOLUENGO DESDE EL SIGLO XVI A LA ACTUALIDAD.

Con la creación de la industria se termina por confirmar la estrecha relación que mantiene Pradoluengo con su producción textil, que se extenderá durante quinientos años. Pese a que la trata de distintos materiales viene siendo una faena común desde el siglo XVI, no nos podemos olvidar que la Villa continúa siendo un núcleo rural, no por su estructura productiva, muy superior a la de otros enclaves rurales, pero si en lo que a tamaño poblacional respecta. Esta industria no solo abarcó el pueblo de Pradoluengo, sino las amplias zonas de los Cameros y la Demanda, y donde destacaron, entre otros, núcleos como Soto, Ortigosa, Ezcaray o Valgañón (Moreno Fernández, 1999).

El desarrollo poblacional que detallaremos a continuación está milimétricamente ligado al desarrollo de la pañería en la primera modernidad,

de la bayeta hasta finales del siglo XIX, y de la boina y el calcetín hasta los inicios del siglo XXI. De hecho, resulta llamativo observar cómo en las localidades de alrededor, la ganadería o agricultura sí que tuvo cierta notoriedad en la economía y sociedad de la época, pero en el caso de la villa pradoluengina, y debido a sus condicionantes geográficos, tanto el éxito como su posterior decadencia se lo deben a la industria textil.

3.1 Etapa preindustrial. Primeros fabricantes pañeros (1534-1827)

A principios del siglo XVI el mejor marcador para analizar la evolución de la producción textil es atender al volumen de población. Si atendemos al Vecindario de 1591, es decir, la lista o padrón de los vecinos del pueblo “[...] Pradoluengo se acercaría a los 312 habitantes, una de las mayores densidades de la zona, tan sólo explicable por la existencia de una industria textil” (Martín García, 2007: 65). Si no hubiese sido por la aparición de la industria, Pradoluengo no hubiera sobrepasado la denominación de aldea, como tantas que se conformaban alrededor.

3.1.1 Primeros fabricantes pañeros (1534-1700)

La primera evidencia documentada sobre la fabricación de paños aparece en 1567 cuando los fabricantes Pedro y Juan de la Fuente compran en Burgos 27 arrobas y una libra de lana cuarta (Martín García, 2007: 70). Un año más tarde se constata la existencia de un batán y, aunque comparta nombre con el mineral anteriormente mencionado, en este caso nos referimos a una máquina generalmente hidráulica, compuesta de gruesos mazos de madera, movidos por un eje, para golpear, desengrasar y enfurtir los paños. No se sabe el emplazamiento exacto de éstos, pero, generalmente, era cerca del río ya que necesitaban de su caudal para generar la energía con la que poner en funcionamiento las máquinas.

Pero no es hasta 1588 cuando tenemos las primeras noticias sobre un pionero vecino de Pradoluengo, Juan González, y las primeras actividades pañeras. Gracias al inventario de una vecina del pueblo (1629), conocemos

dónde tenían lugar estas primeras manifestaciones textiles (Martín García, 2007: 70).

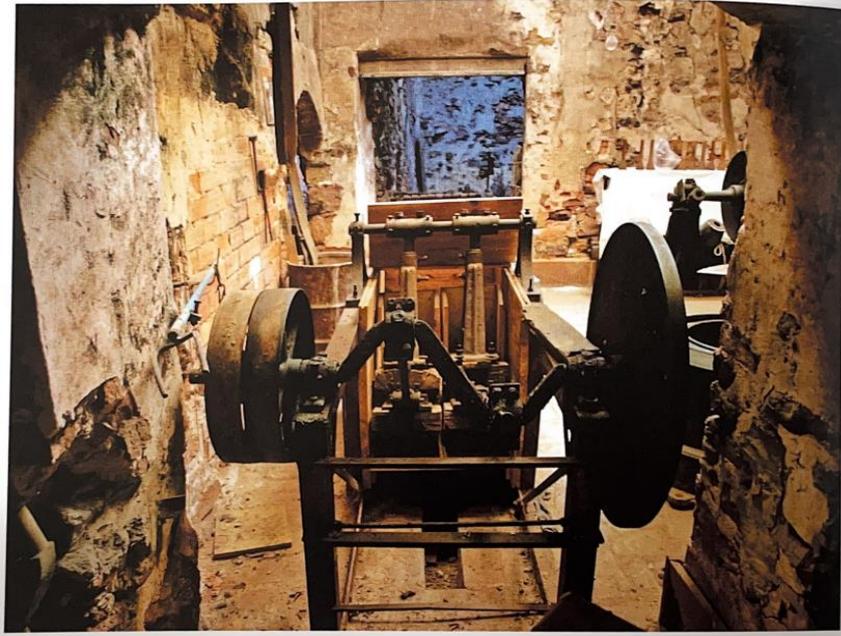
Se producían en obradores, normalmente coincidentes con el sótano o el bajo de sus viviendas, endeblés por las estructuras que lo conforman y las pocas inversiones que lo mantienen. Normalmente muchos de ellos se situaban junto a una pequeña cuadra con algún burro o mula que empleaban para acarrear la producción. Los espacios solían ser húmedos con una o dos ventanas rectangulares características de calles como la Mayor, de la Iglesia o Arroyo vecino (Martín García, 2021: 41), con escasos utensilios, no más que “tres calderas para teñir lanas, un urdidero, tres tornos, dos pares de cardas, siete libras de añil, una tabla de desborrar, etc.” (Martín García, 2007). Además, las cantidades de lanas eran escasas, generalmente de raza churra y, como consecuencia, los paños elaborados solían ser bastos y de colores azules, negros o pardos (Martín García, 2007: 71).

La construcción de nuevos establecimientos se defendía con pasión. En 1677 todo el pueblo se enfrentó a los alguaciles del corregidor de Cerezo para apoyar a dos de sus vecinos, Gabriel Escudero y Juan Zaldo, en la instalación de un nuevo batán, así lo relata Martín García (2021).

En cuanto a la comercialización de éstos, los lugares no difieren demasiado de lo que nos vamos a encontrar centurias más tarde. A mediados del siglo XVII aparecen ventas en los pueblos de la Ribera del Duero y del Arlanza, además, los pañeros también recorren la zona del norte del país y se hablaría de posibles ventas en Madrid. No nos podemos olvidar del nacimiento de estos negocios en las ferias que tenían lugar en Belorado (Burgos), Haro (La Rioja) y Nájera (La Rioja), a las que acudían los vecinos de Pradoluengo (Martín García, 2007: 72).

Imagen 1

Batán de mazos en el Tinte Zaldo



Fuente: Martín García (2021: 204)

3.1.2 Cardadores y tejedores. La bayeta (1700-1827)

Debemos señalar otra de las particularidades del caso proadoluenguino, sobre todo si lo comparamos con otros centros textiles rurales y urbanos, y es que “el 84,81 por 100 de los cabezas de familia entran dentro de la definición de fabricante. [...] Si a estos fabricantes, sumamos aquellos que, dedicándose a tareas textiles como único oficio, sin embargo, no son dueños de sus producciones, sino simple asalariados, el porcentaje asciende a un espectacular 89,87 por 100. Es decir, casi todo el mundo fabricaba alguna bayeta, sayal o paño, ya sea desde el punto de vista de la financiación, ya sea desde el punto de vista de la manufacturación” (Martín García, 2007: 75). En resumen, 9 de cada 10 vecinos estaban vinculados a la indisoluble unión entre Pradoluengo y su industria.

En estas centurias se produce la especialización en la fabricación de bayetas: “un tejido de lana, poco tupido, por tanto, con menos peso, y, lo que es más importante, con menos materia prima [...] fue muy bien recibido entre las clases menos acomodadas, principalmente de zonas rurales, no solo para

usarlo como vestimenta, sino para dedicaciones domésticas y cotidianas de todo tipo [...]” (Martín García, 2021: 29). Este último factor fue el que le abrió camino en los centros urbanos.

Me parece necesario remarcar que la especialización en el sector bayetero de Pradoluengo, dejó vía libre al resto de producciones de mayor calidad de otros centros laneros punteros, pero “hizo muy competitiva a la industria pradoluenguina, factor que jugó a favor de la permanencia y expansión de la “fábrica”” (Martín García, 2021: 30). Entiéndase por fabrica, no una infraestructura como tal, sino al conjunto de obradores en los bajos de las casas de todo un pueblo desempeñando una labor del mismo sector, este caso textil (Maravall J.A. ,1991).

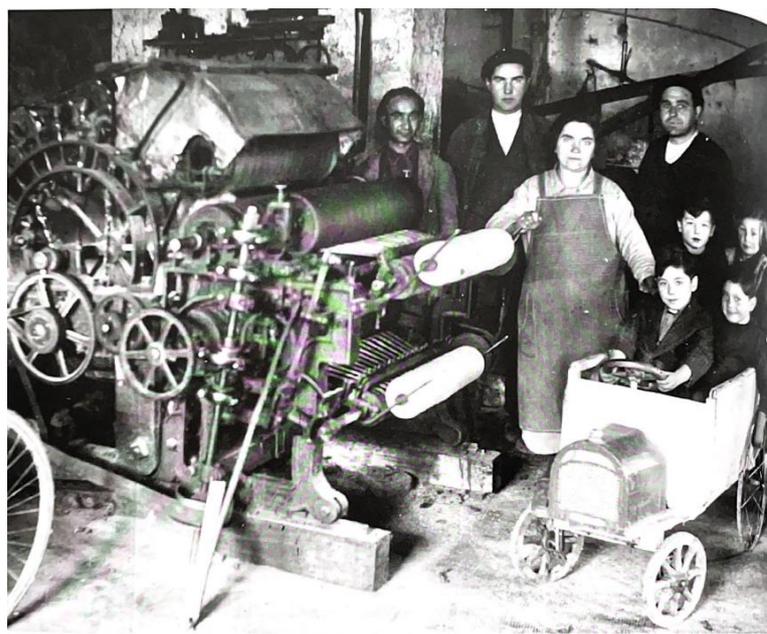
Podemos establecer distintos grupos de fabricantes dependiendo de la tarea que desempeñaban. Por un lado, encontraríamos a los fabricantes que cardan la lana: cardadores; y por otro, los fabricantes que hacen las piezas de bayeta: los tejedores. Los primeros, tras lavar y secar la lana, efectuaban el cardado. El lavado tenía lugar en instalaciones como el Lavadero de San Antonio (1818-1819), creado por la familia Martínez (Martín García, 2021: 34) o el Lavadero de Zubiaga (1831). Por otro lado, el cardado consistía en “abrir, batir y mezclar homogéneamente los vellones. Para facilitar la operación, se le daba un lubricante neutro, lo que imprimía suavidad y flexibilidad. De forma artesanal, se utilizaban dos planchas a modo de peine más anchas que largas, sembradas de puntas de hierro cortas y algo curvas. Más antiguas aún, eran las cardas naturales (de ahí la voz «cardado»)” (Martín García, 2016: 7). Esta labor era desempeñada fundamentalmente por las mujeres provenientes de familias de pocos recursos. El segundo grupo eran los tejedores. Su labor era algo más rentable que la de los cardadores, pero no destaca excesivamente. Ambos complementaban sus escasas rentas con alguna que otra cabeza de ganado o los frutos de algún pequeño huerto. Como su propio nombre indica, la función que desempeñaban era tejer la tela a mano. El acabado de estas bayetas no era el óptimo ya que dejaba algo de “pelo”, pero de esta manera, “se ahorran ciertas operaciones y, por tanto, afianzaba su precio ventajoso” (Martín García, 2021: 32). El empleo de lana churra explicaba la baratura de éstas.

En el año 1720 se dio un paso al frente, fundamental en el proceso de la industria pañera: la compra del villazgo a la Corona, es decir, al hablar de Pradoluengo podemos hablar de villa textil. La ordenación laxa de la actividad, la ausencia de distinción de estados, la conocida mentalidad estamental poco favorable a los trabajos artesanales y otras múltiples razones, conllevaron al solapamiento del concejo y la fábrica que desembocaron en la, a partir de entonces, ya villa: “[...] si prosperaba el concejo prosperaba la fábrica y viceversa” (Martín García, 2021: 32).

En las primeras décadas del ochocientos se agravarán las grandes dependencias de cardadores, tejedores y pequeños fabricantes de los beneficiarios del sistema: los fabricantes tratantes. Estos se aprovecharán de la mano de obra barata durante el proceso industrializador de la siguiente centuria. Los tratantes comercializarán gran parte de su producción y adelantarán a los pequeños fabricantes el dinero en metálico o bien en lanas, así “la escasa producción que quedaba en manos de los pequeños se va reduciendo paulatinamente, mientras aumenta la controlada por los tratantes” (Martín García, 2021: 34). Ellos serán los grandes protagonistas de la “mecanización imperfecta” que acontece a continuación.

Imagen 2

Familia de fabricantes pradoluenguinos con una carda emborradora



Fuente: Martín García(2021: 98)

3.2 La mecanización y el patrimonio industrial de las nuevas hilaturas (1828-1858)

A las décadas 1830, 1840 y 1850 se les conoce como años de “fiebre constructiva” de nuevos establecimientos, en especial de hilaturas, que fueron con seguridad los edificios más emblemáticos de la primera mecanización (Martín García, 2007: 145). Mientras que los batanes suelen disponer de una planta, las hilaturas suelen ser construcciones de dos o más y “los promotores de estas nuevas construcciones, forman parte del estrato económico más elevado [...]” (Martín García, 2007: 146) tanto que, algunos de ellos, reunirán el capital suficiente para crear las fábricas de boinas y calcetines de un futuro. El hilado consistía en “transformar las mechas de lana en hilo del grueso deseado mediante el estirado, la torsión y el plegado” (Martín García, 2016: 7). Estas máquinas eran capaces de producir en un día, “más que varias docenas de mujeres en una semana” (Martín García, 2021) y, aunque algunas inicialmente estuvieran asentadas en el casco urbano, fueron movidas hacia los ríos, a causa de la dependencia que la gran mayoría tenía sobre la energía hidráulica, creándose nuevos establecimientos o renovándose los ya existentes. Además, los vecinos pradoluengunos aprovecharon la coyuntura mecanizadora que se desarrolló en la vecina riojana Ezcaray en cuanto a los procesos de hilatura. Destacan establecimientos como el de Zubiaga (1831), Las Viñas (1832) o San Roque (1835), entre otros.

Con el tiempo, los batanes también sufrieron mejoras pasando de ser batanes de mazos, a batanes de cilindro. Este cambio aparece en la villa con unos quince años de retraso respecto a los centros catalanes, que surgieron alrededor de los años cuarenta (Martín García, 2016: 174), y algo menos respecto a los de Béjar. No obstante, la aparición de los batanes cilindros no desbancará a los anteriores de pilas y mazos. (Martín García, 2016: 166). La fuerza hidráulica ya no movía mazos para que golpearan los paños, sino una

rueda cilíndrica. Por último, hubo una mejoría considerable en lo que a tintes, prensas y ramblas corresponde.

Pese a que todo apuntaba a un gran impulso de mecanización en estas décadas, aunque fue intenso, fue imperfecto, es decir, se modernizaron las fases de hilado y cardado, pero las de acabado fueron mucho más retrasadas, y las de tejido no llegaron a mecanizarse. No existe un motivo concreto para esta tardanza, la principal razón pudo ser la falta de energía hidráulica y sobre todo la falta de capitales para afrontar un nuevo proceso industrializador con máquinas de última generación, mucho más caras que las anteriores (Martín García, 2016: 188). El pequeño río de Pradoluengo estaba tan sobresaturado, que obligó a los fabricantes a trasladar la expansión de sus hilaturas o batanes hacia dos ríos vecinos: el Urbión y el Tirón (Martín García, 2016: 165). A pesar de varias rencillas con los vecinos de allí, este cambio supuso “una “reserva” energética barata y fácilmente aprovechable para la industria pradoluengina (Martín García, 2016: 165).

Otro factor que tuvo que ver en la falta de una segunda mecanización fue la inexistencia del carbón. Los experimentos con el vapor fueron dejados de inmediato debido a los altos precios del carbón que fueron inasumibles para una industria como la de Pradoluengo.

Por último, la extremada pequeñez de las empresas de la época pudo ser un elemento clave para “la conformación del núcleo como centro fabril destacado a nivel nacional” (Martín García, 2021: 39). Los pequeños créditos que obtenían, no favorecieron a la inversión de los fabricantes ni a la mejora de sus obradores. Estos últimos, casi siempre pertenecientes a una sola familia, suponían una microparcelación excesiva de la industria, posteriormente, fueron denominados “fábricas”, aunque no dejaban de ser pequeños talleres de tejidos con, generalmente, un solo telar (Martín García, 2021: 40).

3.3 Mecanización imperfecta y factores retardatarios. (1840- finales del siglo XIX)

Los fabricantes pradoluengunos aprovecharon favorablemente la primera ola de mecanización que se dio en la localidad vecina de Ezcaray, que, aunque tenía las imperfecciones previamente enunciadas, fue intensa, si bien no lograron introducirse en la segunda. A pesar de que entre 1860 y 1885 existieron iniciativas de crear nuevos establecimientos y mejoras en la maquinaria, si comparamos estos deseos de innovación con otros centros laneros punteros de entonces, se nota cierta diferencia y escasez de recursos en la villa. Al no contar con matrículas industriales, no conocemos hasta qué punto se dinamizaron los establecimientos, lo que sí sabemos es que, aunque su valor aumentó, fue de forma muy moderada y comedida, quedándose lejos de los establecimientos participantes en la segunda mecanización (Martín García, 2007: 184). Un ejemplo de esta incapacidad de innovación y obsolescencia es la Hilatura de la Marina, que en el año 1873 seguía manteniendo los mismos ocho tornos que se instalaron en su inauguración en 1839 (Martín García, 2021: 49). Por lo tanto, las fábricas de finales del siglo XIX siguen empleando las mismas técnicas de trabajo que en los años treinta, que, aunque fueron provechosas en su momento, se quedan insuficientes y estancadas con la coyuntura que había ya cerca del siglo XX.

Entre las mejoras destacables durante estos años encontramos las máquinas continuas en las hilaturas. En este proceso, a las mechas o pabilos procedentes de las mecheras, mediante estiramiento y torsión, se va obteniendo como resultado final el hilo, de las características que haya indicado el cliente. Sin embargo, aunque las máquinas continuas siguieron ganando ventaja frente a las antiguas máquinas mecheras y leteras de la villa (Martín García, 2007: 184), no pudo superar la implantación de selfactinas, máquina empleada para lo mismo que las continuas, pero de mayor modernidad, que aparecieron en Cataluña (Sabadell y Terrassa) alrededor de los años 70 (Benaul Berenguer, 1991).

Si tenemos que hablar de retrasos no podemos pasar por alto la energía empleada, que, ya avanzado el siglo XIX, seguía siendo el río de Pradoluengo, ya sobresaturado, a la que debemos sumarle la aparición de la “energía por sangre”, que se implantó en un establecimiento de nueva creación entorno a los años 60 (Martín García, 2007: 184) y consistía en el

movimiento que mulas o burros ejercían sobre los siete tornos de sesenta husos de “La Desmotadora”, un nuevo edificio que contaba con un juego de máquinas para cardar e hilar la lana (Martín García, 2007: 185).

En lo que respecta a los batanes, ya hemos citado la aparición del batán cilindro, otra introducción lenta e incompleta (Martín García, 2007: 185), y en los tintes se introdujeron algunas mejoras como las bombas para elevar líquidos y la inclusión en su oferta de servicios como el prensado de las bayetas, en los que la tecnología empleada para establecer condiciones o pactos era retardataria cuanto menos.

Sin embargo, uno de los indicadores más fiables de cómo avanzaba la industria a finales del siglo XIX, era la evolución del crédito. La caída de éste en el último tercio se traduce en una paralización y decadencia de la industria bayetera. Aunque los fabricantes siguieran obteniendo por estas fechas las mismas cantidades de crédito que en las décadas anteriores, comienzan a decrecer en número, especialmente aquellos fabricantes más pequeños, los más representativos de la industria microfundista y la microparcelación de Pradoluengo.

Como consecuencia de todos estos factores y el cambio estructural de la industria, si atendemos al censo y al nomenclátor, “de los 201 fabricantes existentes a mediados del siglo XVIII, cuando la población era de poco más de 1.000 habitantes, se pasa a los 78 contabilizados para 1821”, es decir, pasamos de que todos los habitantes de Pradoluengo sean fabricantes, a un progresivo control en el que tienen esta denominación muchos menos. Si a esto le sumamos la proletarización que tuvo lugar en el último tercio del siglo XIX, que arrastra a vecinos hasta casi la pobreza, obtenemos la emigración de estos en busca de trabajo, principalmente en el sector primario (Martín García, 2007: 292). El resultado de estos componentes se traduce en una ralentización y estancamiento periódicos de la producción de bayetas, nefastos para la industria con unos márgenes tan pequeños.

3.4 Principios del siglo XX hasta la actualidad

Pese a estar envueltos dentro de una gran crisis en el sector bayetero, a finales del siglo XIX los fabricantes pudieron ver la luz con la instalación de “la primera máquina circular de mano para la fabricación de boinas” (Martín García, 2007: 387) y, desde 1900, el comienzo de la fabricación industrial de calcetines, que, hoy en día, sigue siendo la base de la economía de la villa.

Durante la Primera Guerra Mundial la producción de bayetas aumentó levemente, junto a otra serie de paños, además, algunos fabricantes comenzaron a adquirir otro tipo de tejidos como era el “Jacquard”, denominación referida al patrón de la tela tejida con varios hilos y que permitió nuevos diseños, como los paños de cuadros. Unos años más tardes, en plena Guerra Civil española, hubo un aumento considerable de la producción. El gran esfuerzo de los obreros de la villa y la mano de obra barata fueron la base de este repunte de la producción. Se dedicaban a surtir al ejército nacional de jerséis, mantas, boinas, pasamontañas y calcetines; las jornadas laborales abarcaban las veinticuatro horas del día, los siete días de la semana, un ejemplo de fábrica que protagonizó este proceso fue la de Agustín Mingo. Esta, “con menos de diez obreros, se hacían diariamente 1.000 pasamontañas y 400 jerseys” (Martín García, 2021: 67). Lamentablemente, los beneficios derivados de estos tres años de trabajo no se reinvirtieron en mejoras de infraestructuras, y si a esto le sumamos que la fidelidad otorgada al bando franquista tampoco les retornó ningún trato de favor durante la posguerra, “ni en cuanto a la adquisición de lanas [...], ni por lo respecta al aumento de salarios de los obreros [...]” (Martín García, 2021: 67), conllevó a la villa pradoluengina a reinventarse hacia los géneros de punto, a falta de otras alternativas.

La gran mayoría de fábricas supieron llevar a cabo este cambio en su producción, debido a que la inversión requerida para la compra de los nuevos telares era, de nuevo, pequeña, y la rentabilidad obtenida de cada pieza era mayor. Para hacerse una idea, durante las primeras décadas del siglo XX se fabricaron: “2.000 docenas anuales de faja; en 1920 una sola fábrica vendió 600.000 boinas; en 1935 había instaladas siete fábricas dedicadas en exclusiva a la fabricación de esta prenda, que produjeron 1.500.000 boinas anuales; los calcetines que se empezaron a tejer alrededor de 1905

alcanzaban en 1917 una producción de unas 100.000 docenas anuales” (Martín García, 2021: 68). Sin embargo, para que la industria textil volviera a revivir entre el panorama nacional, tuvieron que darse otros factores como: la apertura de los suministradores de lana a todo el país y la entrada de éstas más baratas y consumidas en grandes cantidades, a pesar de que Pradoluengo seguía reportando factores retardatarios como la energía hidráulica, que tuvo que dar paso a la eléctrica, aunque su suministro fuese deficiente.

Las condiciones de trabajo durante la posguerra continuaron siendo nefastas, un ejemplo de esto es, en 1947, cuando los once obreros de la fábrica de “Altuzarra” tuvieron que solicitar la instalación de una lámpara para poder realizar sus trabajos nocturnos sin poner en peligro su integridad física (Martín García, 2021: 70). El gobierno franquista entorpeció la posibilidad de importar maquinaria moderna, quedando la industria de la illa muy anticuada respecto a la de otras zonas.

Alrededor de los años 50, y gracias a la aplicación del factor trabajo en su máxima expresión, las fábricas de boinas y calcetines sufrieron una mecanización y fueron “lo suficientemente mecánicas y solventes como para ofertar trabajo -prácticamente de forma unívoca- para una población cercana a los 2.300 habitantes” (Martín García, 2021: 70). En lo que respecta al tamaño, seguían siendo micro fábricas, por lo que los antiguos talleres que iban desapareciendo, eran reemplazados por nuevas fábricas de igual o parecido tamaño.

Dos décadas más tarde se reconstruye la Hilatura de Zubiaga, antiguamente destrozada por un incendio, y la factoría “Dimar” (Martín García, 2021: 70), ambas dedicadas a la producción de calcetines, que se irá perfeccionando, tanto en tejido, como en forma, llegando a crear distintos estilos de calcetín: trabajo, deporte...etc., desterrando al antiguo calcetín basto. Aunque, años más tarde con la supresión de los aranceles que gravaban la industria textil China, pasando este último a controlar la mitad del comercio mundial (Europapress, 30 diciembre 2004), Pradoluengo sufrió un duro golpe que le llevó hasta, prácticamente, la desaparición total de todas las fábricas dedicadas a esta industria. No obstante, a día de hoy, quedan obradores que

se han convertido en museos de lo que en su día fue una forma de vida para los vecinos de la localidad, así como sus calcetines, repartidos por gran parte del mundo.

4. ESTRUCTURA ECONÓMICA Y PATRIMONIAL.

Debido a toda la evolución industrial de Pradoluengo, han quedado como patrimonio múltiples inmuebles y, aunque la mayoría han desaparecido, aún quedan establecimientos considerados prácticamente museos, éste está formado por hilaturas, batanes, tintes, ramblas, prensas y talleres u obradores. En ellos, eran fabricados una serie de productos con distintas técnicas de producción y posterior comercialización, otro ámbito en el que, con el transcurso del tiempo, Pradoluengo también se quedó retrasado.

4.1 Comercialización de la producción textil pradoluengina

Durante el siglo XIX la venta de bayetas pradoluenguinas solía efectuarse mayoritariamente en la zona norte peninsular, aunque se vendieron por toda España, en menor medida, a excepción de un par de provincias. Los comerciantes y fabricantes que comenzaron vendiendo sus productos en Burgos o La Rioja, poco a poco fueron aumentando su radio de actuación hasta Galicia, Asturias, País Vasco, y así hasta hacerse con gran parte del país.

Las formas de comercialización eran las habituales en esa época: el fabricante salía de Pradoluengo con las mulas cargadas de bayetas para venderlas en ferias o localidades cercanas (Martín García, 2007: 371), y el mercado al que se dirigían estos productos era a clases menos acomodadas “[...] del cuadrante noroccidental español, limitado a grandes rasgos por tres ciudades señeras dentro del comercio español: La Coruña, Madrid y Bilbao” (Martín García, 2021: 63) con precios muy bajos, rasgo típico de la producción de la Villa. Debido a la baratura de las bayetas y la falta de pagos

que se solía dar con las ventas al fiado, es decir, el comerciante le daba la facilidad al comprador de abonar el importe de la compra en distintos plazos, y éste no efectuaba ninguno o alguno de ellos, se obtenían unos márgenes de beneficio muy reducidos que incapacitaban la modernización de las técnicas o la concentración industrial” (Martín García, 2021: 64).

Como consecuencia de que los mayores compradores fueran personas de clase baja, el poder adquisitivo de estos era muy fluctuante y desencadenó en que acabaran comprando otro tipo de productos de mayor calidad que les ofrecían otro tipo de fabricantes a la puerta de sus casas, se podría decir que no tenían compromiso con ningún vendedor y actuaban según su situación en ese momento. Por lo tanto, el mercado fue suficiente para mantener esta actividad hasta 1880 aproximadamente (Martín García, 2021: 67). Más tarde, el descenso continuado de ésta provocó la reconversión de los fabricantes hacia otras prendas como la boina o los calcetines.

Una de las novedades que introdujeron progresivamente los comerciantes en el segundo tercio del siglo XIX fue los representantes o “viajantes”, vecinos pradoluenginos repartidos por distintas zonas de la península que sirvieron a sus paisanos como nexos, no solo en la venta de bayetas, sino en otro tipo de negocios y gestiones. Finalmente, la poca disposición de las administraciones superiores a facilitar la red de comunicación ferroviaria o infraestructuras como puentes y carreteras hicieron que la forma de vender de los vecinos de la villa se quedara retardada en comparación con la competencia.

4.2 Diferentes tipos de inmuebles y sus principales compañías.

Como bien he comentado anteriormente, el patrimonio inmueble de Pradoluengo está formado por lavaderos y secaderos, hilaturas, batanes, tintes, ramblas, prensas y talleres u obradores.

Los primeros de ellos, lavaderos y secaderos. Antes de lavarse, las lanas eran conservadas y almacenadas en lugares secos, para no ser destrozadas por la polilla o la tiña. Después, se enjabonaban y lavaban cuidadosamente

para no apelmazarlas y, posteriormente, se dejaban secar. Estas labores se realizaban con los pies en el agua, “se bebía abundante vino para aguantar la faena, lo que provocaba abundantes melopeas entre los obreros” (Martín García, 2007: 7). Hubo varios lavaderos en Pradoluengo, destacando el de San Antonio (1819) y el de Zubiaga (1831). El caso del Lavadero de San Antonio (1819) constituyó un complejo manufacturero: estaba formado por “un lavadero, tendedero de lanas, dos batanes, un molino, un horno de pan y viviendas para los trabajadores” (Martín García, 2021: 159). Además, tenía ubicada contiguamente una ermita en la que se veneraba la imagen de San Antonio de Padua, en la que cada 13 de junio, fiesta del santo, los vecinos del pueblo, acudían y acuden a dicha zona para celebrar una romería, se baila al son de una banda, etcétera. Por su relevancia histórica y actual, este espacio “conjuga las vertientes materiales e inmateriales del patrimonio industrial pradoluenguino” (Martín García, 2021: 159).

Imagen 3

Complejo de San Antonio



Fuente: Martín García (2021: 35)

En segundo lugar, las hilaturas, que fueron los edificios representativos de la primera mecanización de la villa, algunos ejemplos son Zubiaga (1831), Las Viñas, San Roque, Agua Sal, La Rueda (1838), Marina (1839), Molino Encimero (1839), Las Fuentes, El Chorrón, La Nueva (1857) o Peña Zurbona (Martín García, 2016: 7). El primero es el más antiguo, 1831, fruto de la unión de dos hermanos, Francisco y Pedro Arana, e Isidoro Mingo Martínez que, años más tarde se convirtió en una Compañía: La Compañía de Zubiaga, derivado del entramado que se imponían los socios de ir alternamente a vigilar el trabajo de los obreros para que nunca estuvieran solos. De ahí surgió la idea de nombrar un administrador o mayordomo para, en un principio, recibir las lanas aportadas por los socios o cualquier otro fabricante. Estos establecimientos, al contar con dos plantas, uno de los pisos se solía acondicionar para que residiera el mayordomo, capataz de los operarios (Martín García, 2021: 106), los cuales tenían condiciones de contrato muy duras, junto a sus familiares. Entre sus labores estaban: cuidar con celo las “oficinas” del establecimiento, vigilar a los obreros, así como abrirles y cerrarles la puerta cada día, encargarse de la contabilidad, reparar las maquinas que se estropearan, así como responsabilizarse de todas las herramientas (Martín García, 2021: 106). Los materiales con los que estaban construidas las hilaturas no eran más que los típicos de la zona, en la planta baja, “mediante un entramado de pies castellanos” (Martín García, 2021: 106), se procuraba lograr una altura suficiente como para que cupieran las máquinas de hilado ya que la figura de las hilaturas era la de un rectángulo alargado. Por último, el desván del edificio eran empleado como almacén de lanas o elementos necesarios para el hilado y bobinado.

Imagen 4

Hilatura con disposición de ventanas y plantas



Fuente: (Martín García, 2021: 151)

En tercer lugar, encontramos los batanes, se pueden citar batanes como el de Blas (1836), el de Cuchara (1836), el de Moleco (1841), el de Corrales de Monte (1844), Vizcarraya, etcétera. Donde mayor número de establecimientos se situaron y pervivieron durante más tiempo trabajando a la vez fue “a lo largo del río de Pradoluengo en la zona de extramuros y hasta la denominada como Máquina de los alfileres” (Martín García, 2021: 111). El caso del batán de Vizcarraya (1854) “a pesar de su reducida extensión y capacidad, ya se dividía por entonces en treinta y dos partes o suertes” (Martín García, 2021: 111), hoy en día sólo se conservan restos de él y ha supuesto uno de los hitos patrimoniales de la industria textil pradoluenguina, no tanto por su tamaño, sino por su redescubrimiento ya que se encontraba enterrado, conservación, limpieza y puesta en valor.

Imagen 5

Restos del Batán de Vizcarraya



Fuente: (Martín García, 2021: 149)

Seguidamente, podemos hablar de los tintes con sus cauces, hornales y calderas. El tintado se podía hacer sobre la pieza de bayeta ya tejida o en madejas, previamente al tejido. Esta labor requería de un gran conocimiento químico de las mezclas de productos tintóreos y mordientes. Por esta razón, los tintoreros estaban bien pagados y sus secretos pasaban de generación en generación para continuar con el correcto procedimiento de esta labor. En 1752 existían en Pradoluengo un total de doce calderas de tinte, distribuidas en ocho edificios. Entre otros destacaron el de la Herrería Vieja, los Alcaldes, Martínez, el Zaldo y Compañía o Cañeta (Martín García, 2016: 8). Entre ellos podríamos destacar el tinte Zaldo, no se tiene constancia de la exacta aparición de este, pero seguramente sea previa a 1849, estaba compuesto por “un edificio, calderas, prensa y otros utensilios, rededores, agregados y pertenecidos, con igual proporción de los créditos en favor y contra de la sociedad, así como de los materiales y demás existencias” (Martín García 2021: 191). En la actualidad el tinte Zaldo es uno de los edificios representativos del patrimonio histórico de Pradoluengo, y existe una iniciativa en torno a los Hermanos Zaldo Alonso a fin de recuperar uno de los edificios de tinte de mayor antigüedad y dimensiones de Pradoluengo en

pleno casco urbano. Además, es curioso el caso del tinte de los hermanos Alcalde en el que, hoy en día, se encuentra el teatro Cinema Glorieta.

Imagen 6

Caldera del Tinte Zaldo



Fuente: (Martín García, 2021: 85)

Las ramblas eran empleadas para un correcto secado y estirado de las bayetas y paños. Estos se “colgaban” en las ramblas, dispuestas en la cuesta más soleada del valle pradoluengino, en forma de terrazas alargadas y estrechas. En un principio eran de madera, siendo sustituidas más tarde por las de hierro(Martín García, 2021: 8). Por otro lado, en varias fábricas, se instalan prensas de metal que planchaban adecuadamente el producto final para su comercialización por toda España.

Estas estructuras han pasado de ser una característica peculiar del paisaje, pradoluengino, a desaparecer por completo y quedar reducidas a uno de tantos ejemplos testimoniales

Imagen 7

Ramblas y casetas en la falda del monte pradoluenguino



Fuente: (Martín García, 2021: 118)

Por último, los obradores, talleres o “fábricas”. Pradoluengo, podría compararse metafóricamente con una colmena, al igual que las abejas trabajan todas juntas en un mismo sitio para producir su miel, en la villa prácticamente todas las casas eran obradores en los que familias trabajaban conjuntamente para crear su producción. Como bien he citado en anteriores apartados, este conjunto de pequeñas fábricas, que logró constituir una gran fábrica, se fue adaptando al género y a la tendencia social o económica en ese momento, es decir, de crear paños o bayetas, a evolucionar hasta la boina o el calcetín.

La zona de trabajo en muchas ocasiones no abarcaba sólo las plantas bajas de las casas, sino que, en muchas ocasiones, las propias habitaciones también eran zonas de trabajo. Los espacios carecían de muy poca luz, factor que se vio reflejado en el aspecto de sus rostros o condiciones físicas, siendo muy propensos a enfermedades, en especial la tuberculosis. Se llegaba al punto de deshacerse de las máquinas con las que el trabajador enfermo crónico o fallecido había tenido contacto para evitar más contagios. Con este procedimiento

podemos hacernos una idea del poco valor que tenía la infraestructura existente, hasta el punto de tirarla antes de que se incorporara el nuevo operario. Solían estar divididos por sexos “para mayor rendimiento” y, en el caso de que en algún obrador no fuera así, estaba visto como un inconveniente, ya que los jóvenes, cuando no eran vigilados por el fabricante, entablaban conversaciones que podían distraerles de su labor (Martín García, 2021: 123).

La lista de fábricas existentes en el año 1949 es muy extensa -36- (Martín García, 2021: 128), aunque podemos citar alguna de tejidos como es la de Félix Pascual, Julián Barbero González, Raimundo Martínez Mingo, Antonio San Román de Miguel, Marcial Martínez Sagredo y un largo etcétera.

Podemos destacar el caso de “calcetines Mingo”, una fábrica fundada por Avelino Mingo en 1914 que, hoy en día, es regentada por José Manuel Mingo, la cuarta generación de la familia, y que en 2021 se le otorgó el “Premio Pyme del Año 2021 de la provincia de Burgos” por su “apuesta conjunta por la tradición familiar y la innovación enfocada a la sostenibilidad”, ejes sobre los que gira el espíritu de esta empresa (La Voz de Galicia, 23 de mayo 2022). En los inicios de la villa, casi todo el pueblo estaba involucrado en la fabricación de paños y, más tarde, de calcetines en sus diferentes fases. Sin embargo, el auge de estos negocios se fue perdiendo por la entrada de inversores extranjeros y por la crisis general de la industria textil. Eso sí, “Calcetines Mingo resistió llegando a producir el 25% del consumo nacional de calcetines” (La Voz de Galicia, 23 de mayo 2022).

Actualmente la empresa cuenta con 25 trabajadores, prácticamente todos residentes en Pradoluengo, aspecto que es de gran alegría conocer ya que, por mínimo que sea, sigue perdurando el espíritu textil en el pueblo. Aunque los inicios no fueron fáciles, debido a que tuvieron que renovar muchos procesos hasta intentar igualarse con la competencia, han conseguido innovar con la línea de calcetines “Freewaves by Funstep”, creados con plásticos del mar y “por cada par de calcetines *Freewaves by Funstep* se retira el equivalente al peso de una bolsa de plástico en el mar» relata José Manuel Mingo, gerente, en La Voz de Galicia.

Es alentador saber que, por poca que sea, la vida textil permanece en el pueblo y con propuestas como la comentada. Como dice Amaya Peneda, una de las

trabajadoras de “Calcetines Mingo”, se necesitan empresas como esta para dar vida al pueblo y continuar con el legado textil que tuvo lugar hace no tantos siglos.

5. CONCLUSIONES

Pradoluengo, como hemos venido desarrollando durante todo este trabajo, es un municipio español en la provincia de Burgos con una larga tradición en la industria textil. Desde el siglo XVI se tiene constancia de su fuerte trascendencia en nuestro país, gracias a la dedicación de todo un pueblo en la elaboración de paños de todo tipo, en especial de la bayeta.

La producción de lana y su transformación en productos textiles fue una actividad económica fundamental en la villa durante varios siglos, llegando a ser uno de los principales motores económicos en la comarca. El municipio cuenta con importantes recursos naturales para la producción textil, como son el río, la lana o la tierra de batán, características que conformaban una coyuntura poco favorable para que se dieran actividades como la agricultura o la ganadería, de ahí que los pradoluenginos tuvieron que buscarse la vida para obtener ingresos de otro tipo de fuentes o actividades como es el ámbito textil.

A lo largo del siglo XIX se registró un gran auge industrial y se crearon numerosos talleres y fábricas de textiles, posteriormente, aunque se unieran a la primera ola mecanizadora, contaban con factores retardatarios como la energía hidráulica que no les permitieron alcanzar el culmen de la industria. Como consecuencia y con el natural paso de los años, ha quedado reflejado el gran patrimonio de bienes muebles e inmuebles que allí tenían lugar, aunque se conserven muy pocos de ellos.

En la actualidad, la industria textil de Pradoluengo ha evolucionado, pero ha mantenido su relevancia y se ha adaptado a los cambios del mercado. Algunas empresas textiles de la zona se han enfocado en la producción de calcetines y en la innovación tecnológica para mejorar la calidad de sus productos.

6. BIBLIOGRAFIA

- BENAUL BERENGUER, J.M. (1991): *La llana*, en *Història Econòmica de la Catalunya contemporània*, vol. 3, Barcelona, 1991, pp. 99 y 119-120.
- Europa Press (2004): “El fin de las cuotas de importación de textiles permitirá a China dominar la mitad del comercio mundial”. Disponible en <https://www.europapress.es/economia/macroeconomia-00338/noticia-rsc-fin-cuotas-importacion-textiles-permitira-china-dominar-mitad-comercio-mundial-20041230133020.html>
- MARAVALL, J. A. (1991): *Dos términos de la vida económica. La evolución de los vocablos ‘industria’ y ‘fábrica’*, en C. Iglesias (comp.), *Estudios de la historia del pensamiento español. Siglo XVIII*. Madrid: Mondadori, pp. 139-161.
- MARTÍN GARCÍA, J.J (2007) *La industria textil en Pradoluengo 1534-2007. La pervivencia de un núcleo industrial*. Junta de Castilla y León.
- MARTÍN GARCÍA, J.J (2007) *La industria textil en Pradoluengo 1534-2007. La pervivencia de un núcleo industrial*. Junta de Castilla y León.
- MARTÍN GARCÍA, J.J. (2016): *El S.O.S. de un hito del Patrimonio Industrial castellano: Pradoluengo (Burgos)*, *Estudios del patrimonio cultural*. p 4-7
- MARTÍN GARCÍA, J.J (2021) *Pradoluengo, patrimonio industrial: de San Roque a Zubiaga, de San Antonio a Vizcarraya*. Diputación provincial de Burgos.
- MARTIN J.L., VALDEÓN J. Y GARCÍA SANZ A. (1985): *La Mesta*. Madrid Historia: 16
- MORENO FERNÁNDEZ, J.R. (1999): *La economía de montaña en La Rioja a mediados del siglo XVIII*, Tesis Doctoral inédita, Universidad de Zaragoza.
- La Voz de Galicia (2023): “Calcetines que ayudan a los pueblos a caminar con paso firme” Disponible en <https://www.lavozdegalicia.es/noticia/especiales/alli-donde-estes/2022/05/23/calzetines-ayudan-pueblos-caminar-paso-firme/00031653315373667390617.htm>

- Sendas de Burgos (2013): “El nacedero de Pradoluengo”. Disponible en <http://sendasdeburgos.blogspot.com/2013/05/el-nacedero-de-pradoluengo.html>